

EL CAPITAL DESBOCADO¹

A menudo se sostiene que el «breve» siglo xx empezó con la Primera Guerra Mundial y finalizó con la caída de la Unión Soviética en 1991. Pero hay otra forma de observar los aproximadamente cien años pasados, que contemplaría su historia principal como el crecimiento continuo de un imperio estadounidense que no sólo superó a su predecesor inglés, sino que también contribuyó en buena medida a eliminar el experimento soviético. Tal perspectiva no es completamente nueva; después de todo, la creencia en el «siglo americano» era común entre los liberales de la Guerra Fría incluso cuando la URSS parecía en la cima de su poder. Desde el final de la Guerra Fría, sin embargo, no sólo ha adquirido impulso dentro de la clase dirigente, sino que su sombra se puede percibir en todo el espectro intelectual, de izquierda a derecha. Intelectual y políticamente hablando, es la fuerza destructiva del imperialismo estadounidense, no la promesa perdida del socialismo, la que hoy atrae la atención.

No sorprende que los marxistas hayan sido especialmente activos en este resultado. De hecho, entre las obras ya publicadas y las que están en camino, tal vez estemos contemplando el más fértil esfuerzo de pensamiento sobre el imperialismo por parte de la izquierda desde la década de 1970, a pesar de que buena parte de dichas obras estén escritas por veteranos de ese periodo. Quizá estemos contemplando un punto de inflexión en la teoría marxista. Porque mientras que la recuperación de las teorías sobre el imperialismo durante la década de 1970 fue ocasión para el redescubrimiento de Lenin, Luxemburg, Bujarin y otros pensadores de la Tercera Internacional, buena parte de las obras actuales se mueve hacia un rechazo, o en cualquier caso una modificación drástica, de los principales elementos legados por estos autores.

Empire of Capital es un animado ejemplo de tal iconoclasia. Las ideas de Lenin, Luxemburg y otros de su generación, sostiene Ellen Wood, se labraron para un mundo en el que el capitalismo no era aún una realidad planetaria. Sus teorías asumían la existencia de grandes regiones precapitalistas en las que

¹ Ellen Meiksins Wood, *Empire of Capital*, Londres y Nueva York, Verso, 2005.

potencias imperiales podían saquear, cuya presencia continuada los llevaba a subestimar y a pasar por alto los rasgos novedosos del imperialismo occidental, y a resaltar, por el contrario, aspectos que pronto caerían en desuso. En el período de entreguerras, el gobierno colonial ya se estaba desvaneciendo. La rivalidad interimperialista por el control de las regiones precapitalistas se atenuaría mucho después de la Segunda Guerra Mundial. Además, los fundadores y los herederos de la Tercera Internacional no imaginaron que haría falta revisar sus hipótesis, porque esperaban confiadamente que el capitalismo cayera antes de extenderse por todo el planeta. En consecuencia, sugiere Wood, si bien las teorías clásicas pueden haber tenido cierta importancia para el mundo a principios del siglo xx, son manifiestamente insuficientes en un momento en el que el capitalismo se ha expandido victoriosamente a casi todos los rincones del planeta. El imperialismo contemporáneo ya no descansa en el gobierno colonial directo. Se ha convertido en un sistema mucho menos transparente, que reposa en su mayor parte en el uso de mecanismos políticos indirectos y en la decisiva importancia de los procesos económicos. En esto, sostiene Wood, el imperialismo contemporáneo ha acabado finalmente por reflejar las relaciones sociales que componen el núcleo del capitalismo. Porque la actual desconexión entre la explotación social y el control territorial a escala internacional refleja la separación entre la economía y la política a escala nacional que define el capitalismo como modo de producción.

El fondo del argumento de Wood es que el paralelo entre ambos no es accidental. El imperialismo es, en último término, un sistema de extracción del excedente, si bien atravesando fronteras nacionales y culturales. No puede, por consiguiente, permanecer intacto mientras cambia el sistema de relaciones de propiedad, y por lo tanto también las estrategias de explotación correspondientes. A pesar de que buena parte de Europa ya era capitalista en el siglo xix, sus colonias no lo eran. La extracción de excedente en dichas regiones por las potencias coloniales tenía, entonces, que recurrir a la coerción extraeconómica y al control político directo. Pero en cuanto la explotación adoptó formas capitalistas, los objetivos imperiales pudieron reconciliarse con la independencia formal de las otrora colonias, en las que ya no hacía falta la coerción directa. En muchos aspectos, era de hecho mucho más eficaz ceder la independencia simbólica a dichos territorios, porque las empresas podían concentrarse entonces en el negocio de obtener beneficios, sin asumir los costes de mantener un Estado súbdito viable. A medida que maduraba el capitalismo, la ventaja comparativa de este modo de proceder desplazó a las antiguas estrategias, más abiertamente coloniales. Así pues, de la misma forma que los capitalistas del propio país descubrieron que podían ceder el control del aparato estatal a un cuerpo de políticos y burócratas profesionales, también comprendieron la lógica de abandonar las anexiones en el exterior. La marca de un imperialismo puramente capitalista es que es el primer sistema en el que el poder económico puede extenderse, y cada vez lo hace en mayor medida, fuera de los límites del control político directo.

El argumento de Wood plantea dos dificultades inmediatas. ¿Por qué necesitaron las potencias capitalistas tanto tiempo para prescindir de las an-

teriores formas más directas de dominio imperial? ¿Y qué función le queda por desempeñar al Estado en las formas de imperialismo contemporáneas, en cuanto deje de ser el instrumento que garantiza la extracción de beneficios de las regiones dominadas, en caso de que esperemos un descenso constante de la importancia del mismo? Wood dedica la mejor parte de su libro a describir diversos imperios precapitalistas, para contrastarlos con su descendiente actual. En esto basa su trabajo, que durante más de dos décadas se ha centrado en la especificidad histórica del capitalismo y sus consecuencias sobre las formas de poder político y de pensamiento filosófico. Todos los imperios anteriores, sostiene, adoptaron dos modalidades básicas. Su dinámica descansaba bien en la captura de tierra o bien en el control del comercio, en ambos casos realizados mediante la violencia. Wood establece esta taxonomía con admirable claridad y concisión, sin perder de vista las significativas diferencias existentes dentro de cada grupo. Así, si bien tanto el Imperio romano como el chino eran hijos de la conquista militar, las relaciones entre los gobernantes y la aristocracia diferían drásticamente. La dependencia de la exacción fiscal impuesta al campesinado en el Imperio chino involucraba al monarca en un delicado equilibrio con los poseedores del poder local en quienes tenía que confiar para obtener la extracción del excedente y al mismo tiempo inhibir si pretendían engrandecerse. Los emperadores romanos, por el contrario, no sólo estaban dispuestos a aceptar una aristocracia más fuerte, sino que a menudo fomentaron su crecimiento. La razón, sugiere Wood, es que si bien Roma fue siempre un imperio territorial, durante buena parte de su duración no dependió tan intensamente de las exacciones agrícolas como fuente de ingresos, sino, por el contrario, del trabajo esclavo, al tiempo que utilizaba su ejército para extraer las riquezas de los territorios conquistados. Al cesar este dispositivo, la dinámica del Estado romano se pareció cada vez más a la de otros imperios territoriales, desencadenándose un proceso de involución y desintegración.

Para Wood, los imperios comerciales de la Edad Media y principios de la Edad Moderna –islámico en Oriente Próximo, veneciano y holandés en Europa– comprenden un punto conceptual intermedio entre el imperialismo territorial y el capitalista. Al descansar sobre los ingresos procedentes del comercio más que en la extracción de tributo de la tierra, y fomentando de esa manera los circuitos de intercambio, representaron en cierto sentido un paso hacia una forma de imperialismo más capitalista. Aun así, se trató de algo limitado. Los imperios comerciales no reflejaban los intereses de una burguesía independiente, sino de las grandes casas de mercaderes de un mundo precapitalista. Tales estratos mercantiles no dependían menos del mecenazgo político y del uso de la fuerza que los señores feudales. Al carecer del control efectivo del proceso de producción, la capacidad de los mercaderes de este tipo para aumentar su corriente de ingresos dependía de la manipulación o el control de mercados en los que pudieran bajar a la fuerza los precios o aumentar artificialmente sus precios de venta. Los imperios del comercio no separaron la coerción económica y política en mayor medida que los territoriales. El sucinto análisis comparativo que Wood hace de estas es-

estructuras precapitalistas, basándose en toda una vida de estudio del mundo antiguo y de la primera Edad Moderna, es magistral.

Pero estas cuestiones son esencialmente un preludeo a su argumento principal, referente al carácter de un imperialismo específicamente capitalista. Si el elemento común de todos los imperios premodernos descansa en que dependían de la conquista militar, Wood sostiene que con la llegada del capitalismo a Inglaterra esto empezó a cambiar. Porque las formas históricamente novedosas de extracción del excedente en Inglaterra generaron también presiones para un nuevo tipo de imperialismo, que no exigía las anexiones tradicionales. Pero en este caso tiene que enfrentarse a un hecho complicado. Si bien el capitalismo estaba afianzado en Inglaterra a finales del siglo XVII, las conquistas territoriales británicas siguieron a buen ritmo durante otros trescientos años, tras lo cual el Reino Unido no abandonó sus colonias hasta transcurrido casi otro siglo. Ni siquiera puede decirse que la dirección de cambio se apartara constantemente de la conquista militar. En todo caso, la expansión colonial se aceleró incluso mientras el desarrollo capitalista cogía fuerza. La anexión de India empezó con la conquista de Bengala en 1757, y se mantuvo bajo la Compañía de las Indias Orientales durante más de cinco décadas. Cuando la Compañía fue desplazada por el Estado británico, la expansión continuó, si bien con mayor lentitud, en especial hacia el noroeste de India. Esto fue pronto seguido por la escalada en África y la penetración en Oriente Próximo. Si se supone que el capitalismo desencadenó las fuerzas que debilitan formas imperiales antediluvianas, ésta difícilmente se puede considerar una prueba a favor.

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, por supuesto, está claro que el imperialismo contemporáneo se apartó del control de posesiones en el exterior. Lo curioso es el extraordinario lapso transcurrido entre la consolidación del capitalismo interno y la alteración de la dinámica imperial en el exterior. A este respecto, la exposición de Wood se vuelve inusitadamente opaca. En el fondo del problema se encuentra la tendencia de la autora a centrar sus miras bien en los cambios internos de la metrópoli, o bien en el sistema a escala planetaria, y hacer poca mención directa de las condiciones que se dan en las propias colonias. Pero la razón obvia para los siglos de recurso a la conquista y a la rapiña colonial es que incluso aunque el capitalismo hubiera florecido plenamente en diversas potencias imperiales, la elección de los instrumentos políticos usados por éste para su expansión en el exterior estaba dictada por el entorno existente en las zonas objeto de interés. Un elemento esencial de dicho entorno no era el régimen existente en las relaciones de propiedad de la metrópoli, sino de la región que ésta pretendía o conseguía controlar. Donde los productores estaban aún provistos de acceso a la tierra y a otros bienes productivos, las fuerzas imperiales tenían que recurrir a las mismas técnicas de extracción del excedente que los creadores de imperios de tiempos premodernos. Sólo cuando se había despojado a los productores de su acceso a los medios de subsistencia en los territorios sometidos podía el imperialismo descansar solamente en la «sorda compulsión» de las relaciones económicas.

No cabe duda de que esto es lo que Wood quiere transmitir cuando dice que el alejamiento de la conquista y del control político directo sólo se produjo cuando «los imperativos económicos adquirieron suficiente fuerza propia para extenderse más allá del alcance de cualquier poder extraeconómico concebible». Pero es una manera confusa de expresarlo. ¿Por qué no decir sencillamente que las potencias coloniales estaban limitadas por las condiciones particulares que se daban *en los nuevos territorios*? Wood tiende a centrarse analíticamente, por el contrario, en las formas en que las evoluciones del capitalismo dentro de la metrópoli modificaban las formas de colonialismo que ésta producía. El análisis que hace de ellas es muy ilustrativo. Pero deja sin resolver el misterio de por qué el progreso del capitalismo en la metrópoli no condujo al abandono de las conquistas y de las colonias en el extranjero siglos antes de que realmente ocurriera. En las pocas ocasiones en las que aborda el problema, tiende a caer en un tipo de explicación cuasi funcionalista. Así, escribe que aunque el capitalismo creó la oportunidad de abandonar la coerción extraeconómica en el proyecto imperial, «hasta el siglo xx no adquirió el imperialismo económico suficiente fuerza para prescindir de formas extraeconómicas, más antiguas, de dominio colonial».

Eso sugiere que fueron los cambios cruciales acaecidos en los países del centro de la economía-mundo capitalista y en su sistema de control imperial los que condujeron a la descolonización. Pero tal explicación es muy engañosa. La razón por la que se abandonó el sometimiento directo en la segunda mitad del siglo xx no se debió a que el imperialismo pudiera prescindir de él en esos momentos, sino a que se había vuelto imposible de sostener. Esto, por supuesto, se debió a las luchas de los movimientos de resistencia dentro de las propias colonias. No fueron las necesidades del capitalismo, o su «fuerza» *ex ante* (lo que eso signifique), lo que eliminó de la agenda el control colonial; fueron las condiciones de las propias colonias.

Históricamente, el desarrollo capitalista hizo *posible* que las clases dominantes extrajeran un excedente sin confiar en la coerción política directa, pero eso no significaba que lo hicieran de buen grado. Sería muy equivocado afirmar que, a medida que el capitalismo se desarrolla y se fortalece, los capitalistas sencillamente prescinden del control político; estuvieron muy contentos de usarlo mientras pudieron, en forma de peonaje por deudas, ciudades de empresa, fuerzas policiales privadas y detectives, hasta bien entrado el siglo xx. Estas prácticas sólo se abandonaron cuando los movimientos sindicales hicieron imposible su continuación. Y lo mismo ocurre con el imperialismo. La fuerza adquirida por el capitalismo europeo no influyó directamente en la duración del dominio imperial. Muy probablemente las potencias imperiales habrían estado muy contentas de poder mantener el control político directo mucho después del momento en que se abandonó. La descolonización no se produjo porque el imperialismo fuera suficientemente fuerte como para apoyarse exclusivamente en la fuerza económica, sino porque pocas opciones distintas le quedaban. Con la aparición del nacionalismo y de los movimientos po-

pulares contemporáneos, las opciones disponibles eran cambiar a nuevas técnicas o salirse completamente del juego.

El segundo problema planteado por el análisis de Wood es la función del Estado en un imperialismo genuinamente capitalista. La llegada de un imperio plenamente capitalista libera al Estado y al capital de cualquier simbiosis demasiado estrecha entre ellos. La expansión del capital ya no se limita a aquellas regiones sometidas al control político directo; el Estado es relevado de las tareas de intervenir directamente en el proceso de extracción del excedente, y puede concentrarse en redactar y hacer cumplir las reglas del juego. ¿Cuáles son, entonces, los límites de esta separación entre lo económico y lo político? Una respuesta sería que no hay límites, y que las articulaciones de la acumulación capitalista se han vuelto ahora tan flexibles y se han extendido tanto, que el poder del Estado ha perdido toda su importancia para ellas. Wood rechaza directamente esta idea. Decir que el Estado no interviene directamente en la extracción del excedente, sino que se ocupa, por el contrario, de hacer cumplir las reglas del juego, es apenas afirmar que ya no tiene importancia para el mantenimiento del poder de clase o del poder imperial. Ciertamente, como condición permanente para ellos, en la actualidad el Estado se mantiene en segundo plano, con una función de garante más oculta. Pero eso no es indicio de que su importancia haya disminuido. De hecho, sostiene Wood, a medida que el capitalismo se extiende por el mundo, desencadena la aparición de Estados allí donde no los había. Porque lo que el capital siempre necesita, sobre todo, es la estabilidad garantizada por un Estado eficaz. De ahí que, lejos de disolver la autoridad estatal, el capitalismo haya promovido su consolidación a escala mundial.

Es un argumento persuasivo, que ofrece un poderoso antídoto contra las afirmaciones de Hardt y Negri, así como de otros partidarios del «fin del Estado». Pero Wood quiere ir más allá. No sólo, sostiene, depende el capitalismo planetario de la reglamentación y el respaldo políticos. La lógica del sistema también exige que el poder político adopte la forma de *múltiples* Estados-nación. El capitalismo planetario exige el mantenimiento de las condiciones necesarias para la acumulación de capital a escala planetaria. Pero, sostiene Wood, estas tareas superan la competencia o el alcance territorial de cualquier Estado determinado. Hace falta, por lo tanto, una multiplicidad de Estados, dado que «ninguna forma concebible de “gobierno planetario” podría proporcionar el orden diario o las condiciones de acumulación que el capital exige». Con esto, Wood no sólo deduce la necesidad del apoyo estatal en un sistema capitalista planetario, sino que también quiere establecer la escala en la que se ejercerá el poder estatal. Estados, sí; un Estado planetario, no. Para sellar el argumento, sugiere también que, en cuanto se establece, un sistema de Estados múltiples genera a su vez nueva presión para que se establezca una única potencia hegemónica. Nuevamente afirma esto en términos bastante tajantes, insistiendo en que «dicho sistema requiere en última instancia una única potencia militar abrumadora, capaz de poner en orden a todas las demás».

Es un argumento ingenioso, pero Wood fuerza demasiado su razonamiento. Es difícil entender por qué el requisito de *escala* en la construcción de Estados se puede deducir de las exigencias funcionales de la acumulación de capital. Parecería un asunto que depende de otros factores, más contingentes. Al resaltar que la razón por la que no puede haber un Estado planetario es que las exigencias del capital mundial están fuera del alcance de cualquier Estado territorial, Wood quizá insinúe esto. Pero, en tal caso, no se trata de las exigencias funcionales profundas del capitalismo, sino de algo más contingente: las capacidades administrativas y el alcance político. ¿Qué impediría que estas capacidades cambiaran a medida que avanza la capacidad tecnológica?

Incluso si admitimos que debe haber una delegación de autoridad a unidades políticas locales o regionales, no está claro que esto respalde las conclusiones de Wood. Es indudablemente cierto que el capital planetario exige múltiples autoridades locales que regulen las condiciones para su reproducción. Pero no hay razón para suponer que dichas autoridades tengan que estar dotadas de *soberanía*. Wood parece equiparar la dispersión de la autoridad administrativa y reguladora con la dispersión del poder político soberano. Sin embargo, podríamos ciertamente imaginar un sistema federado, en el que la autoridad administrativa y reguladora se encuentre localizada, pero la soberanía no.

Dudas similares podrían expresarse respecto a la conclusión de que hace falta un Estado hegemónico. Nuevamente, al insistir en que un sistema de Estados múltiples exige un Estado hegemónico fuerte que los coordine, Wood sobrecarga indebidamente su argumento. Ciertamente tal vez sea verdad que hace falta coordinación. Pero la alegación a favor de un Estado hegemónico sólo está garantizada si puede demostrarse que es inconcebible otro mecanismo factible de coordinación. Quizá sea así, pero Wood no lo demuestra, y yo dudo bastante de que pueda hacerlo. ¿Por qué estaría condenado al fracaso un sistema de coordinación de grandes potencias, dando siempre lugar a una sola potencia suprema?

Estas críticas muestran una debilidad teórica en la última parte del libro de Wood, que es la tendencia a suponer que lo que existe lo hace porque lo necesita el capitalismo o el imperialismo; una especie de funcionalismo amortiguado. Lo hemos visto aparecer en la explicación sobre el fin del colonialismo; sobre su influencia en el caso de los Estados múltiples; y vuelve a sacar la cabeza en el argumento a favor del Estado hegemónico. En el caso del dominio colonial, no es completamente erróneo decir que desapareció porque el imperialismo capitalista podía prescindir de él, a pesar de que no fuera la única, o causalmente la principal, historia. Pero en otras partes la conclusión es menos satisfactoria. Es mucho más razonable conjeturar que en el capitalismo contemporáneo la aparición de un Estado hegemónico es producto de las circunstancias históricas, que deducirlo de la lógica del sistema interestatal.

Aunque no están bien sentadas las premisas para deducir que existe la necesidad sistémica de un Estado hegemónico, Wood se basa en ellas

para llevar su argumento a una conclusión provocativa. El capitalismo tardío genera un sistema de Estados múltiples, que actúan como gestores locales dispersos de las necesidades del capital; esto a su vez crea la necesidad de una agencia gestora, en forma de Estado hegemónico. La peculiar situación del Estado hegemónico es que debe, por una parte, cuidar los intereses del capital planetario –incluidos como subconjunto los intereses comunes de los capitales regionales y nacionales, y no sólo los de sus propias empresas «globalizadoras»– y, por otro, disuadir la aparición de cualquier posible rival entre las potencias más cercanas a él en capacidad política y económica. Esto exige una proyección de poder de escala tal que no sólo se despliegue por el planeta para respaldar acciones policiales locales, sino diseñada para hacer que hasta un intento de genuina rivalidad parezca temerario. Esto es, sostiene Wood, lo que explica la extraordinaria acumulación de poder militar por parte de Estados Unidos, en una escala que empuje el poder combinado de todos sus posibles rivales.

Durante la Guerra Fría, el impulso estadounidense por adquirir dicho poder se legitimaba como condición necesaria para el éxito del capitalismo en la batalla contra el comunismo. Pero con la caída de la Unión Soviética hace falta una nueva ideología que tome el lugar del antiguo anticomunismo. La proclamación por parte de Bush de la guerra contra el terrorismo, una «guerra sin fin», ofrece dicho sustituto. Por eso, en una era en la que en principio el imperialismo podría prescindir de la conquista militar, un Estado imperialista ha amasado más poder que cualquier otro imperio de la historia, y más del que cualquier rival contemporáneo podría esperar igualar en un futuro previsible. A algunos esto podría parecerles una especie de «imperialismo excedentario», superior a todo lo necesario para la defensa general del capital. Wood pone reparos a tal argumento, sosteniendo que la escalada militar estadounidense no debería considerarse un exceso respecto a las necesidades en liza, sino algo acorde con ellas. Los contratiempos en Iraq han desacreditado las ambiciones más extremas del nuevo imperio, pero ciertamente el impulso general hacia la primacía incuestionable mantendrá su ritmo. En la tarea de entender qué es nuevo y qué es viejo en el imperialismo contemporáneo, el agudo y original libro de Ellen Wood puede resultar muy útil.